

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXVIII



C. S. I. C.
1998
M A D R I D

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXVIII



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1998**

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	11
Arte	
<i>Observaciones generales sobre entradas de cuatro reinas y una princesa en Madrid (1560-1649)</i> , por José Manuel Cruz Valdovinos	17
<i>Arquitectura pública en el Real Sitio de Aranjuez (siglo XVIII)</i> , por Virginia Tovar Martín	37
<i>Un Père Lachaise para Madrid: el debate sobre cementerios en el siglo XIX</i> , por Carlos Sagar Quer	59
<i>El cuadro de Pombo, de Solana</i> , por José Valverde Madrid	89
<i>La platería madrileña y la Casa de Osuna: las piezas de la vajilla de una duquesa ilustrada</i> , por Blanca Santamarina..	99
Geografía	
<i>Madrid con Cisneros se entrena de Corte. Dieciocho meses de regente con capucha</i> , por José M ^a Sanz García.....	145
Historia	
<i>Índices de MSS. de la librería de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Toledo</i> , por Gregorio de Andrés.....	169
<i>Addenda a Pedro de la Torre</i> , por Mercedes Agulló y Cobo ..	177
<i>Plaza de Matute</i> , por Luis López Jiménez.....	195
<i>Adelanto de un estudio documental en curso sobre la sociedad de Madrid en los comienzos del siglo XVII</i> , por José del Corral	201

	<u>Págs.</u>
<i>Barcas de río en la geografía madrileña de los siglos XVI a XIX,</i> por Pilar Corella Suárez.....	221
<i>Reales sitios de Carabanchel: la real posesión de Vista Alegre,</i> por José M ^a Sánchez Molledo	261
<i>La Casa Cerrillo y los orígenes del Rastro madrileño,</i> por M ^a Teresa Martínez Martínez	283
<i>Los antiguos pavimentos de madera,</i> por Sandra Martín Mo- reno	307
<i>¿Quiénes dispararon contra Don Juan Prim?,</i> por José Andrés Rueda Vicente	313
Literatura	
<i>Pliegos sueltos sobre Madrid,</i> por José Fradejas Lebrero	317
<i>El madrileño Andrés Hurtado y su árbol de la ciencia,</i> por Jua- na de José Prades	355
<i>Monumentos cervantinos en Madrid,</i> por José Montero Padilla	367
Notas	
<i>Sucesos y noticias madrileñas que cumplen centenario en</i> <i>1999 y otras que alcanzan cincuentenario,</i> por J. del C.	381
Provincia	
<i>Materiales para una toponimia de la provincia,</i> por Fernando Jiménez de Gregorio	399
Toponimia	
<i>Instrumentación política partidista de la toponimia. Períodos</i> <i>que se inician en los años 1931, 1939 y 1980,</i> por Luis Miguel Aparisi Laporta	435
Aniversarios y Necrologías	
<i>Luis Cervera Vera,</i> por Virginia Tovar Martín	477
<i>Federico Carlos Sainz de Robles,</i> por Rufo Gamazo	479

EL CUADRO DE POMBO DE SOLANA

Por JOSÉ VALVERDE MADRID

Ahora que esta terminando el siglo hay que hacer un balance de la buena pintura española y tenemos que destacar al mejor expresionista español: José Gutiérrez Solana y dentro de su producción un lienzo muy madrileño: el cuadro de la tertulia. Se trata de un gran cuadro orgullo del Museo de Arte moderno, de medidas 214 por 162 y en el que están una serie de intelectuales de los años veinte presididos por Ramón Gómez de la Serna que tiene en la mano derecha el libro de Pombo, que escribiera con aquella prosa inimitable del gran Ramón, autorretratado a la mano izquierda de Ramón y en un extremo está el pintor con atuendo elegante. Los demás retratados son Manuel Abril, Tomas Borrás, José Bergamin, José Cabrero, Mauricio Bacarise, Pedro Emilio Coll y Salvador Bartolozzi, de todos ellos diremos algo sobre sus vidas mas adelante.

El cuadro se donó por Solana a Ramón y este lo colocó en Pombo. Lo había pintado en el año 1920, pero quiso que fuera un regalo de Reyes para Ramón y el día 5 de enero de 1921 dos mozos de cuerda de entonces lo llevaron desde el estudio en la calle de Santa Feliciano al Café. El discurso de agradecimiento fue a cargo de Ramón que dijo que Solana era una estatua y que no tenía porqué hablar pues el, Ramón era el encargado del acto. La ovación que le dieron los presentes fue interminable. Don Eduardo Lamela, que era el dueño del Café dijo que allí estaría colgado para siempre y que aunque el propietario era Ramón el café era su guardián. Y efectivamente lo fue hasta que llegó la guerra civil y los representantes del patrimonio Artístico le requirieron para que fuera a los sótanos del Museo del Prado y allí entre sacos terreros fuera salvada la obra. Al terminar la contienda enseguida Lamela requirió a las autoridades del Prado su devolución para que en el café se llenara el hueco que había dejado. Tuvieron que ir los hermanos Solana para identificarlo y nuevamente lució su esplendor ante todos los que iban a verle. Ya en café no era el de antes. No había tertulia y una extraña gente nocturna lo invadía. El que era encargado por Ramón de su custodia que era Bartolozzi se había tenido que exiliar y lo peor fue cuando a la muerte del dueño del café, Eduardo Lamela, su hermana reclamó la propiedad argumentando que era del café como un velador o una silla. Tomás Borrás se enteró de ello y escribe urgentemente a Ramón a Buenos Aires contándole la fechoría que se iba a hacer. Ramón monta en cólera, y más cuando se enteró que se iba a vender el cuadro en casi una fortuna y se le iba a entregar el dinero para sacarle de sus estrecheces económicas. En un artículo en el diario Arriba reivindica sus derechos. Alega que la prescripción no se

consumió a favor del café pues él en el año 1932, lo tuvo varios meses fuera en unas conferencias que dio en Argentina y que le servía de cartel de fondo. También decía que lo donaba al estado para el Museo de Arte contemporáneo.

El Ayuntamiento de Madrid premia esta generosidad de Ramón concediéndole la medalla de Madrid. La embajada de España en Argentina le propone para un cargo de consejero, cosa que no acepta. ¿Volver a ser al fin de sus días un funcionario? Eso jamás. Y el ministro le llama desde Madrid y le invita a un viaje remunerado por dos meses a venir a Madrid. Esto lo acepta pero no con carácter definitivo pues Luisita Safoovich, su compañera, no quiere volver a España donde sufrió tanto, primero con una fuerte pleuresía y luego con la persecución roja.

Tomás Borrás, el alma de la vuelta al Museo del cuadro, está retratado por solana de perfil en la parte inferior del cuadro. Era madrileño. Nacido en 1891 estudió el bachillerato con Navarro Ledesma y leyes en la Central sin terminar la carrera pues tentado por la literatura fundó revistas y dirigió compañías teatrales, estrenando treinta obras propias y traduciendo y adaptando obras clásicas otras tantas. Nombrado Cronista Oficial de Madrid dedicó a su ciudad una docena de libros sobre sus costumbres y leyendas. Sus cuentos eran magníficos tanto que Hernández-Catá decía que era el mejor del siglo. Muchas de sus novelas fueron traducidas al francés y de todas ellas destacamos *La pared de tela de Araña*, *Polinichinela* y *La sangre de las almas*. En 1960 se le dio el Premio nacional de Literatura Miguel de Cervantes por su obra *Historias de Coral y de Jade*. Murió en Madrid poco después de la concesión.

También era madrileño el primero de los poetas retratados a la mano derecha de Ramón. Se llamaba Manuel Abril. Nació en 1878 y solterón vivía con tres tías suyas. No trasnochaba. Sólo iba los sábados a Pombo por admiración a Ramón. Éste decía de él que iba a husmear al café y que llevaba escondida una botellita de leche y no pedía nada para no gastar ni un céntimo. Aparte de crítico teatral y de arte escribió don comedias. Sus títulos eran de lo más curioso: *La princesa que se chupaba el dedo* y *Se necesita un huésped*. Su biografía del gran escritor Felipe Trigo es una obra maestra.

El segundo personaje retratado a continuación de Abril es José Bergamín. Nace en Madrid en 1895 hijo del famoso abogado, el más feo de España al que en una vista judicial le dijeron que tenía dos caras y contestó que si tuviera otra saldría a la calle con aquella.

Escribió varias obras de Aforismos siguiendo a Pascal, Nietzsche y Dors. Era católico ferviente lo que se contraponía con su ideal izquierdista. Volvió del exilio a donde se fue en 1939 en el año 1958 y fue uno de los primeros en volver viviendo primeramente en la plaza del Brillante en Barcelona luego se fue a Euzkadi donde vivió y murió solo. En la plaza del Brillante cuando las manifestaciones patrióticas a Franco no quería verlas pues la bandera suya era la tricolor y verla llena de banderas monárquicas le recordaban los estancos y decía era una plaza llena de estancos. Una obra que escribió, *El Mono azul* fue lo mejor así como sus artículos taurinos pues era un gran aficionado a los toros. En el Cosío vienen cosas suyas. En el teatro admiraba a Bena-

vente, de ahí que cuando en la guerra se hablaba tanto de cultura y pueblo decía que éste no leía y era un pueblo africano. Admiraba también a los Quintero y cuando una vez le invitaron ya muy enfermo, a que pronunciara una conferencia fue con su médico y les retrataron juntos diciendo Bergamín que ya estaba medio muerto y de ahí que le retrataran con el médico. Murió en San Sebastián en 1983. Le gustaba rodearse de guapas mujeres y cuando se le encargó el Picaso del Guernica fue de la comisión.

Una obra suya fue ilustrada a la guitarra por Manolo Sanlúcar.

Inmediatamente a Ramón está en el cuadro de Pombo retratado con un ademán estático don José Cabrero que era un rico montañés muy amigo de los escritores y de los artistas pues era aficionado a la pintura. A él recurrían cuando estaban apurados alguno de los bohemios de la tertulia y otros como el gran artista Iturrino cuando enfermó en la costa azul francesa Cabrero le mandaba calmantes para su enfermedad desde Madrid con una esplendidez poco común.

Y a la izquierda de Ramón, a quien dedicaremos más páginas, está Mauricio Bacarise, el que había nacido en Madrid en el mismo año que Bergamín en 1895. Fue un buen poeta pero lo mejor que hizo fue colaborar en la fundación de la Revista de occidente. Aprobó, ya mayor cátedras y sus traducciones de Verlaine y de otros poetas franceses eran de una gran calidad.

Y en el extremo, a la izquierda de Ramón tenemos a un aristocrático personaje que es nada menos que el pintor José Gutiérrez Solana que siempre en sus autorretratos se dibujaba con ambiente tosco y aldeano y aquí se puso como un figurín. El único que lleva cuello de pico, bien peinado, nada de corte de pelo al rape como luego y un ademán aristocrático reflejan al más genial de los pintores del siglo xx, el que continúa la veta brava goyesca, en fin, el gran expresionista. Nacido en Madrid en el año 1886 tenía treinta y cuatro años cuando el cuadro de Pombo. Ya asistía a la tertulia de Ramón al que admiraba y a quien le dedica una obra literaria pues era Solana un magnífico escritor. Llevaba ya años instalado con su hermano Manuel en el caserón de la calle de Santa Feliciano en el barrio de Chamberí que lo había llenado de muebles, cuadros y esqueletos. En la primavera de 1920 comienza el cuadro. Posan para él, en su estudio uno tras otro, los retratados pues Solana no toma datos de ellos en el café. Cuando lo termina lo expone orgullosamente en el Salón de otoño de aquel año y causa asombro por la perfecta técnica del artista. Un periodista pregunta a su hermano Manuel Solana como se gestó aquel bello lienzo y aquel le contesta: "Es un cuadro que se ha pintado románticamente y lo mejor que puede sucederle es que acabe con todo romanticismo en Pombo". Quieren comprarlo, desde el Estado a los particulares que han ido a la muestra, pero es enviado al terminar la exposición al café de la calle Carretas.

La crítica de Zuloaga no tarda en llegar: "Solana es el más interesante pintor de nuestros días". Álvarez de Sotomayor nos diría de nuestro pintor que era sincero, lo fue siempre, su obra es personalísima, hija de un temperamento muy suyo, de sorprendente originalidad. Fui de los primeros en descubrirle". Sánchez-Cantón nos diría: "Solana ahonda en el suelo, en el alma y arte de España". Eugenio D'Ors nos dice, de él, que

“da por concluido el ciclo del impresionismo y vuelve a recoger la tradición de la que un día se llamó, despectivamente, pintura negra, la de la gama caliente olvidada ayer entre las frías tonalidades del azul y del gris”.

Otros dicen que el cuadro de Pombo es cual los de los retratos –recordemos *la Visita del Obispo* y *El indiano*– de grupo de Van Hals y los holandeses pero con alma no esas cabeza bellas pero sin profundidad de aquellos grandes pintores. Y alguno mantiene que el protagonista de verdad del lienzo es la botella de ron que en medio de la mesa luce su gran dibujo.

Siguió muchos años hasta cincuenta y nueve, edad con la que murió Solana pintando magníficos lienzos retratando la España negra, haciendo maravillosos aguafuertes de tauromaquia, y obteniendo recompensas en las Nacionales y salones de Otoño a los que concurría. La Medalla de Honor le llegó a los pocos días de morir en el año 1945. Muchas cosas le ocurrieron desde los 34 años en que pinto Pombo hasta que muriera con 59. Muchas casas fueron inauguradas por su hermano Manuel y el, los dos solterones. Mucho escribió el gran artista que conocía los suburbios de Madrid como nadie sobre tema madrileño y también en París cuando fue evacuado en la guerra a Valencia y luego a Francia antes de pasarse a la zona nacional y allí entregar todo el oro que tenía, -recordemos que era de familia adinerada de un indiano y que el ganó dinero con la pintura-, para la causa nacional.

Bacarrise, su amigo, fue el que se dio cuenta de su gravedad pocos días antes de morir y lo internó en un sanatorio, de donde a los tres días le llevaron muerto a su casa en Vallecas y al día siguiente ya se celebró el entierro acudiendo ministros e intelectuales pues era muy querido por todos. Florencio Porpeta, el notario, le había hecho testamento a favor de sus dos hermanos Manuel y Miguel, pero todo se desfrugó cuando apareció la hija de una criada a la que había reconocido y el final de sus muebles y cuadros de su casa fue solanESCO. Una sociedad formada por un tal Falces y Ana María Custodio le compró todo a la heredera y en el Rastro se liquidaron todas sus cosas, cuadros y esculturas pues hasta hubo años en que esculpía como un maestro.

Tres personajes nos quedan por tratar en el cuadro, son Pedro Emilio Coll, Salvador Bartolozzi y Ramón Gómez de la Sema pues hemos dejado para el final al auténtico protagonista del cuadro, al gran Ramón, el que fue la gran figura de la generación del 27 por su valía intelectual. El primero de ellos, Coll, era el embajador de Venezuela, un gran tertuliano y amigo de José Asunción Silva, el gran poeta del modernismo y que se suicidó dejándonos sin la gran poesía de la generación. También en París era amigo de Remy de Gourmont. Aquí, en Madrid, no hacía más que ir a las tertulias literarias motivo por el que se le formó expediente en el cuerpo consular.

Salvador Bartolozzi era hijo de Lucas Bartolozzi, un gran escultor, y era pintor ganando premios por sus carteles en el año 1926, inclusive la medalla de la nacional era muy amigo de Ramón y a él recurrió para que custodiara sus cosas cuando escapó en pleno 1936 para la frontera francesa no pudiendo defenderlas pues los milicianos hasta quemaron el retrato que le hiciera Diego Rivera al gran Ramón y que tenía en su

torre de la calle Villanueva. Había escrito Bartolozzi una cosa muy original que era teatro infantil. Se fue a Méjico donde murió en el año 1950.

Por último, debía ser el primero, tenemos a Ramón Gómez de la Serna. El teatro que le hizo Solana es el mejor que jamás artista alguno le hiciera. Se ve en él al gran intelectual. Apoya su mano en su libro *Pombo* y, detrás de su noble cabeza de patricio romano, ha pintado Solana un retrato de un matrimonio que no viene a cuento. Parece dirigirse al auditorio de artistas y poetas con ademan grave. Solana le adoraba y creía en él como el mejor literato del 27.

Madrialeño, nacido el 3 de julio de 1888, e hijo de un Registrador de la Propiedad, estudia en Palencia y en Madrid y con una enorme vocación literaria con escasos veinte años ya estrena dos obras tituladas *Entrando en fuego* y *Morbideces*.

En el año 1908 funda la revista *Prometeo* y empieza a publicar sus Greguerías. Llama esto poderosamente la atención y se le invita en varios centros y en el Ateneo a conferencias pero el imprime tal originalidad que cada conferencia es un tormento para la Junta Directiva del centro que lo invita dimitiendo muchos de los que le llevaron. En alguna colgado de un trapecio empieza su disertación, en otra se come una vela y no dice una palabra y el escándalo es mayúsculo. También por este tiempo aparece su vida amorosa con una literata que le llevaba nada menos que veinte años a él: Carmen de Burgos, pero es el año 1913 cuando revoluciona con su primera edición de Greguerías el mundo literario. Aficionado a las tertulias -llevaba dos o tres al mismo tiempo- en la es cuando lanza el banderín de enganche contra la sociedad burguesa. Publica sus obras *Rastro*, *Circo*, *Senos* y, en 1918, *Pombo*. Se convierte en el capitán del ultraísmo y alquila ya la torre de la calle Velázquez número 4. Ésta es la época que suscita la admiración de Solana, la época del retrato. Con 32 años ha triunfado plenamente. Viaja constantemente, da conferencias. Se muda al torreón de la calle de Velázquez y rompe con Carmen de Burgos. Un viaje a Estoril hace que estrene *Los nuevos seres*. París le acoge y más greguerías parisinas esmaltan su obra.

Nuevo traslado a la calle Villanueva número 38 y nuevas obras que se suceden unas tras otras más, aparte, su colaboración en *El sol*. También escribe en aquella revista de los intelectuales madrileños *Cruz y Raya*. Vuelve a Argentina y se lleva enrollado el cuadro de *Pombo* para que le sirva de telón de fondo de unas conferencias.

En otra le dio por extenderse y a las dos horas se iba quedando sólo. Ya quedaban pocos oyentes y cada vez que uno levantaba Ramón le decía: Adiós Manolo o Juan, pues le quedaban los íntimos.

Hay un episodio en la vida de Ramón que hace que nos detengamos en su exposición:

Corría el año 1936. En verano Madrid era un hervidero de pasiones. Se sucedían los paseos. Se había desatado una ola de criminalidad. Un literato, Ramón, estaba en su torre de marfil de sus creaciones. Vivía en la calle Velázquez, en el barrio preferido por los milicianos para hacer sus sacas nocturnas. No vivía sólo. Llevaba desde el año 1932 unido a una bellísima mujer llamada Luisa Sofovich. El tenía 44 años, ella 21. Se

habían conocido en una conferencia que había dado él en Buenos Aires en el año 1931, la sedujo su palabra cálida y sensual. Se escribieron y ella, que ya estaba divorciada le contestó diciendo que se venía a Madrid con él. Era literata y le encantaba colaborar con Ramón, anotar sus greguerías, clasificarlas, preparar las cuartillas para la imprenta pasar a limpio todos aquellos verdaderos jeroglíficos que eran las notas del genial escritor. El había olvidado a su primer amor Carmen de Burgos que le llevaba veinte años -mayor ella que él- y sintió un renacer, que se nota en su literatura, al unirse con Luisa.

Los primeros días siguientes al 18 de julio de 1936 no se atrevía el matrimonio a salir de casa. Por fin salía ella por viandas, diciéndole a la portera que su marido se había ido de viaje. Más un día reciben una citación, la de su amigo Pablo Neruda que estaba entonces en Madrid viviendo con la famosa Delia del Carril. Y era que en el Círculo de Bellas Artes había una reunión de escritores antifascistas a la que debía acudir para no ser tildado de colaborador del bando de los nacionales.

¿Qué hacer?. Desconectado el teléfono, Luisa bajó a hablar, desde una tienda que la conocían, con el famoso escritor chileno.

—Ramón está malo y no puede ir a la reunión.

—No hay más remedio, le dice Pablo, se juega la vida si no asiste. Llévalo como sea.

Se lo comunica a Ramón y deciden ir. Llegan al Círculo lleno de banderas rojas y de la Fai. El deambular por las calles desde la de Velázquez a la de Alcalá fue un martirio. No conocía ese Madrid el escritor. Luisa cogida de su brazo estaba también asustada. Fueron recibidos con aplausos de los que estaban en la sala de entrada. Pablo le da un fuerte abrazo y le coloca en la presidencia en la sala donde se iba a desarrollar el acto. Primeramente hablaron varios intelectuales jóvenes denostando el pronunciamiento militar que había levantado al país hacía unos meses. Pablo recitó una poesía y por fin Delia del Carril, la literata porteña, unida al gran premio Nobel que era Neruda, habló acerca de la gran campaña mundial a favor del antifascismo. El comunismo une a los intelectuales en una gran internacional. Dirigiéndose a Ramón, le dice “Tú Ramón, tienes que ser el máximo Gorki de todos nosotros, el escritor que represente una nueva era en la intelectualidad española”. Un atronador aplauso rubricó las palabras de Delia. Y entre la expectación se levanta el bueno de Ramón y dijo: “Voy a ser muy breve, estoy convaleciente y no puedo nada más que deciros que mi deseo es salir de aquí, de Madrid, cuanto antes”.

Atónitos se quedaron los oyentes unos reaccionaron aplaudiéndole y otros silbándole. Delia del Carril lo cogió del brazo y lo sacó de la sala. Luisita y Pablo los siguieron y ya en la calle, Pablo y Delia se volvieron para estar con el auditorio, que estaba dispersándose entre fuertes discusiones.

Ramón y Luisa aligeraron el paso por si los seguían. Cuando llegaron a la casa, dijeron a la portera que se iban aquella misma tarde hacia Valencia y que dijeran a todos los que llegaran que no estaban. Ya en la casa Luisa bajó por alimentos para

varios días y a su regreso, tapiaron la puerta con el estante del Espasa. Delante de él colocaron un arcón lleno y varios muebles. Ramón se fue a su despacho a escribir y ella se puso a oír la radio. Nadie comentó lo sucedido en el círculo de Bellas Artes, sólo había noticias de los progresos de los nacionales y de la heroica defensa de sus posiciones de los héroes de la República. A los tres días por debajo de la puerta recibieron entre el correo, que depositaba diariamente la portera una invitación para dos personas para trasladarse al congreso del Pen Club en Buenos Aires.

¿Quién le mandaba aquella tabla de salvación?. Nunca lo supieron. El caso es que hicieron rápidamente la maleta de él con sus originales y la de ella con una poca ropa. Esperaron a que llegara la noche. Y salieron. Llamaron a la portera a la que dijeron que ahora si era verdad que se iban a Buenos Aires y que si en quince días no habían vuelto que ella se quedara con los libros y muebles y los vendiera. La portera, que sabía de las excentricidades de Ramón, les dijo se fueran tranquilos, que ella cuidaba de todo y que, como tenía la llave de la casa subiría con los que vinieran, si venían, a registrar y comprobar la ausencia de sus moradores.

La salida de la casa fue de la siguiente manera: Primeramente Luisa con su maleta y luego, en mangas de camisa y con la maleta en la cabeza Ramón. Había estudiado ese procedimiento pues le había dicho un amigo suyo, "El Caballero audaz" que a él nunca le pasaba nada cuando salía con un colchón en la cabeza sujetándolo con los brazos pues los milicianos nunca dudaban de los porteadores.

Pesaba mucho así que hicieron varias paradas. La primera nada más cruzar la calle Velázquez, enfilar la de Alcalá pues pasaban sin cesar camiones de fuerzas. Luego se fueron por la calle Moreto huyendo del Museo del Prado y de sus vigilantes. Ya en el Jardín Botánico tuvieron la primera parada de una pareja que les pidió la documentación. En seguida sacó ella los pasaportes y lo del Pen Club de Buenos Aires diciendo era extranjera. Ya el pobre de Ramón iba agotado por la carga y se tuvieron que sentar en un banco. Al llegar a la estación, allí a esperar que se formara el primer tren que fuera a levante. Pasaron muchos milicianos que venían de la parte de Albacete. Desde luego que los que había esperando al tren casi todos tenían pinta de evacuados.

Ramón sentado en su maleta escribió una greguería de despedida a su Madrid. Éste "esperar como tortugas debajo del armario casero a que llegue la primavera". Luisa tosía. Aún no estaba curada del todo de la pleuresía pasada en la que tanto la consoló la visita de José Ortega Gasset, amigo de Ramón.

Una noche de terror como esa nunca la había pasado.

—Sabes en quien estoy pensando, en que ha sido José Bergamin el que nos ha mandado las dos invitaciones para irnos. Te acuerdas que estaba allí en el Círculo.

—No, le contestó Luisa, ha sido Pablo.

—No lo creo. Pablo esta muy influenciado por Delia, no ve más que por los ojos de ella.

Llegó por fin el tren que se había formado fuera y venía dando marcha atrás. Enseguida se fueron a los vagones de primera pues ya se sabía que a los de tercera iban por

aquello del disimulo aquellos señores de derechas que querían salir del terror madrileño.

Ya en el vagón se dispusieron a la ronda de vigilancia que no tardó en llegar. Nuevamente Luisa habló con su acento porteño y enseñó sus documentos. El callaba. Era lo mejor. Ya se lo había advertido Luisa:

—Todo esto viene por tu culpa, ¿porque hablaste en el Círculo?.

La llegada a Valencia fue a las tres de la tarde. Un día de calor. Nadie por la calle. Ellos se fueron directos al muelle. Lo primero que zarpara para Francia.

Ya en el barco estaban tranquilos pues Luisa aduciría su condición de argentina y no les obligarían a bajar. Cuando al fin zarpó el barco se abrazaron Ramón y Luisa. ¿Había concluido el terror?. No del todo. Nuevamente en Francia se dieron cuenta nada más llegar a París, de la persecución de los intelectuales franceses a los del bando nacional. Había que salir de allí y nuevamente, después de unos días en la Ciudad Luz, emprendieron el viaje a Burdeos. Allí esperarían que llegara la fecha en que un barco les trasladara al congreso del Pen Club de Buenos Aires. Además Ramón quería vivir el ambiente de los últimos años de Goya, a quién había biografiado en unas bellísimas paginas. Hoy día, aún es muy cotizado el "Goya" de Ramón Gómez de la Sema.

Alquilaron un apartamento cerca de la casa en la que el inmortal pintor pasara sus últimos años. Goya vivió y murió en el tercer piso de la casa numero 57 de la Cours de L'intendence, siendo la casa entera propiedad de su amigo José Pío de Molina a quien retrató —por cierto último que realizará— y que se conserva el cuadro en Reinhart.

Su vida había sido un poco paralela a la Goya. Primeramente unido a una mujer mayor que él como era Carmen de Burgos, aunque Goya su primera mujer fuera casi de su edad, pero por su gordura y sosería parecía una anciana como era Pepa Bayeu, hermana de su enemigo. El pintor de cámara Franciso Bayeu, luego enamorado de una mujer mucho más joven que él al igual que Luisa, pues era Leocadia Zorrilla una niña cuando se unió sentimentalmente con el carentón Goya, también Ramón tenía más de cuarenta años cuando sedujo a Luisa, también mujer casada y con un hijo de la anterior unión. La diferencia era que Goya no podía casarse con Leocadia pues no se había disuelto su matrimonio y sí Ramón con Luisa pues tenía su sentencia de divorcio.

¡Qué bellas páginas escribió en Burdeos Ramón! Había percibido el ambiente del genial pintor aragonés de sus últimos años. La faceta del miedo al terror de Madrid absolutista de Fernando VII que le hizo exiliarse y morir lejos de España. Recordemos que Goya era un liberal y que Leocadia también lo era. Muy aficionada a la oratoria ella era la que dirigía aquellos mítines contra el absolutismo que se celebraban en la casa de Goya en la calle Valverde número 15 de Madrid. Hay una pintura negra del genial aragonés en el Museo del Prado en la que esta Leocadia dirigiéndose a varios oyentes sentada ella en una silla alta. Pues bien. Su casa era un centro de conspiración liberal. Goya y Leocadia odiaban el absolutismo y reunían a los enemigos del régimen absolutista a los que inflamaban de arengas contra el Rey. Recordemos que Sánchez Cantón, el biógrafo de Goya, se extrañaba de que en el inventario de los bienes del ara-

gonés hubiera tantas sillas. Frente a su casa vivía, en la misma calle Valverde, el canónigo Duaso que lo albergó algunos días cuando fue álgida la persecución real a Goya. Una de las veces que fueron huyendo de Madrid fue porque iban a detener a Leocadia por liberal y hubo que poner tierra por medio. Muy poco estudiada la época absolutista del monarca ahora ha sido objeto de un buen trabajo de Sainz sobre la Regencia de Urgel, donde nos muestra la doblez de aquel monarca que primero les apoya y luego los abandona.

Ramón confiesa en su obra que muchas veces ha recorrido los caminos de Goya. En Madrid la Pradera, el Rastro, la Casa de Campo y, sobre todo el Museo del Prado. Luego en Francia, Burdeos y su casa, el cementerio donde se le enterró con Goicoechea, en fin, él procuró que su biografía fuera una fiel expresión del iter caminus goyesco. De ahí que la faceta del terror que ambos sufrieran en su Madrid los unió en un aquelarre de brujas y aparecidos.

Nuevas instancias de los intelectuales franceses de que se quede Ramón no le conmueven y conforme llegó la hora de marchar a la Argentina se fué. En Buenos Aires alquila una casa humilde, pero eso sí, que hubiera cerca acacias como las había en Madrid. La calle Irigoyen es su última morada. Vivía pobre, pero le ayuda la embajada española y un embajador poeta que incluso le manda viandas y licores. Luisa no quiere volver a Madrid, todavía le dura el recuerdo del terror. Por fin acceden a volver unos días y a saludar al Caudillo. Pero vuelven pues su despacho, semejante a la torre madrileña, no puede estar mucho tiempo sin él. Tenía unos carriles en el suelo de arrastrar el sillón de una mesa a otra pues en una había empezado una novela y en la otra mesa tenía, sin terminar, las Cartas a la golondrina, o una greguería. No podía dejar su despacho. Era imposible. Además su artículo para La Nación o para otra revista porteña lo tenían que recoger a fin de mes...

Y un escritor que confiesa en su automoribundia que difícilmente vive con sus artículos diarios tiene el gesto de regalar el cuadro de Pombo que era suyo y que había gastado un pleito para recobrarlo con los que querían disputárselo, los propietarios de Pombo y que valía millones de pesos, obra genial de Solana y lo regala a su Madrid.

La muerte de su hermano Pepe, en Chile, afecta mucho a Ramón quien confiesa en un diario que su deber era morir lo más lentamente que pudiera. La colaboración de Arriba pasa a la de ABC y la nación argentina le pasa una pensión pues está muy pobre. Neruda pide, para él, el premio Nobel. También en España se le pide el nacional de Literatura y el March, pero ninguno llega, antes llegó la guadaña de la muerte que arrebató aquel orgullo de la humanidad el día 12 de enero de 1963. Luisita escribiría posteriormente sus Recuerdos y pronto le acompañaría en el último viaje.

